

ginacion seria un título de preferencia á los ojos de aquel que nada aprecia tanto como la inocencia y la virtud? Seria pues necesario que Dios se manifestara por medio de revelaciones particulares á todos los individuos de la especie humana; que por consiguiente se trastornara á cada instante todo el orden natural de las cosas; que se multiplicaran indefinidamente los milagros, y se hicieran tan frecuentes y comunes que perdieran todo el esplendor y la eficacia de tales, hasta hacerse inútiles: en esto, en efecto, terminarian al fin las pretensiones de una sabiduría aparente y presuntuosa.

Así, señores, si considero la declaracion de los testigos oculares de la resurreccion de Jesus, la hallo dignísima de fe; si considero la autoridad de los judios y de los paganos que al principio del cristianismo creyeron el milagro de la resurreccion, y le confesaron hasta en medio de los tormentos, encuentro que su voto es de un peso inmenso; si considero la suposicion del robo del cuerpo de Jesus, veo que ni aun sombra tiene de probabilidad; por último, si considero las dificultades de los incrédulos, las hallo faltas de fundamento y de ninguna fuerza en comparacion de nuestras pruebas históricas: de modo que procediendo con justicia debo

creer que Jesucristo resucitó. Pasemos ahora á las consecuencias de esta resurreccion.

No basta creer la resurreccion de Jesucristo y admirar este rasgo resplandeciente del poder divino; *Todo cuanto está escrito*, dice el grande apóstol (1), *está escrito para nuestra instruccion*. En la religion del Dios verdadero y tres veces santo, todo debe dirigirse á la ilustracion de nuestros entendimientos para producir la reforma de nuestro corazon. No es este uno de aquellos sucesos históricos, consignados en monumentos fidedignos, que se creen porque deben creerse; pero que no teniendo conexion con nuestros principios religiosos ni con nuestra conducta, no puede al cabo inspirarnos grande interes. Tales son por ejemplo la muerte de Sócrates, el consulado de Ciceron y el reinado de Augusto, que se pueden ignorar impunemente, como se pueden creer sin sacar consecuencias de mucha utilidad. La resurreccion de Jesucristo es un hecho que trae tras sí consecuencias inevitables, que deben fijar para siempre nuestra creencia; advertirnos lo que se ha de practicar, enseñándonos lo que se ha de creer; ordenar por consiguiente nuestra conducta, nuestro culto, y el homenaje debido á Je-

(1) Roma. XV, 4.

sucristo, y enlazar con la vida presente nuestra suerte futura.

La primera consecuencia que se deduce de la resurreccion de Jesus, es que fué verdaderamente el enviado de Dios. Preséntase en medio de la Judea, y se anuncia como el enviado del cielo para formar adoradores de Dios en espíritu y verdad: no disputa, sino que decide; no diserta como filósofo, sino que habla como Señor: la sabiduría reside en sus labios, como la inocencia en sus acciones: sublime en su sencillez, enseña sin ostentacion, sin esfuerzo y como revestido de autoridad; el pueblo se complace en oírle, y dice que jamas ha hablado ningun hombre como él (1). No hay duda en que la santidad de su vida y la excelencia de su doctrina anunciaban en él no sé qué de celestial que la tierra no habia visto nunca, y que descubrian en él un personage con mas derecho que otro alguno á instruir é ilustrar á los hombres en la religion. Mas sin embargo necesitaba dar pruebas sensibles de su mision, especialmente para las almas vulgares; y así es, que él mismo se refiere con frecuencia á sus milagros; y si pasa por la tierra haciendo beneficios, es por-

[1] Joan. VII, 46.

que pasa obrando prodigios que redundan casi siempre en alivio de los necesitados, en consuelo de los afligidos y en la conversion de los pecadores. Anuncia solamente que resucitará al tercer dia, y designa este milagro como la señal mas resplandeciente de su divina autoridad: por consiguiente si es cierto que resucitó, lo es tambien que era lo que decia ser miéntras vivió: el depositario de los secretos de Dios, que habia venido á revelarlos á los hombres y á instruirlos de todas las verdades necesarias para su felicidad.

La segunda consecuencia, la cual se deriva de la primera, es que debemos mirar toda la doctrina de Jesucristo como dictada por la verdad misma. El filósofo mas sabio se engaña algunas veces, porque limitado en sus pensamientos, extraviado por las preocupaciones y arrastrado por la pasion, se deja seducir por el error y seduce despues á los demas. La virtud aun la mas pura no nos exime de toda ilusion; y si un corazon recto puede hacernos inocentes, no por eso nos hace infalibles. Mas en Jesucristo es forzoso ver constantemente el intérprete de los designios de Dios: Jesucristo no habla en su nombre, sino en el nombre de Dios; él es quien le autoriza por medio de los milagros, y princi-

palmente por el de su resurreccion, y este es el sello de su embajada celestial entre los hombres; de manera que si Jesucristo nos engañase, seria el mismo Dios quien nos engañaria; por tanto, no basta respetar solamente la doctrina de Jesucristo, citar su autoridad como de mucho peso, y referirse á su Evangelio como se pudiera á las obras de un sabio de Roma ó de Atenas; es necesario ademas creer, someter el entendimiento y prestar á sus lecciones la fe que se debe á la palabra de Dios.

La tercera consecuencia que sale de la segunda, es que debemos admitir la doctrina de Jesucristo sin debilitarla ni exagerarla, sin suprimir ni añadirle cosa ninguna. *Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán* [1]. Antiguamente podian los filósofos formar discípulos celosos, para quienes por algun tiempo era decisiva su autoridad; pero no tardaban en levantarse á jueces de su maestro; discutían, examinaban su doctrina, la variaban ó la modificaban á su antojo, y se hacian tambien maestros: de este modo, de una primera escuela nacian otras muchas, y á la verdad el mismo derecho tenian los reformadores que los

[1] Math. XXIV, 35.

fundadores. En la escuela de Jesucristo no debe ser así: su doctrina permanece eternamente, y desdichado el temerario que quisiera alterarla! Cometeria un atentado sacrílego contra la verdad de Dios. Habló él, y ya no se puede inventar sino conservar; y su palabra perpetuada de siglo en siglo debe resonar hasta el fin en su inviolable pureza.

La cuarta consecuencia, resultado de todas las anteriores, es que debemos admitir los misterios que nos son incomprendibles del mismo modo que los preceptos que entendemos. En vano se confunde vuestro entendimiento considerando la elevación de nuestros misterios: la razon nos dice, que Dios ha hablado por medio de Jesucristo, y que Dios, inteligencia infinita, puede ver lo que no ve la inteligencia limitada del hombre. Cuando se estudia la religion no se trata de comprender los misterios, sino de hacérselos el hombre creibles; no de penetrar su naturaleza, sino de cerciorarse de su realidad; conocemos esta religion por el testimonio de Jesucristo que la reveló en nombre de Dios que es la misma verdad, del mismo modo que por el testimonio de la naturaleza conocemos á Dios sin comprenderle, y á la manera que sin comprender las maravillas de la vision, cree el

ciego por la fe de sus semejantes. En vano se rebela el corazon contra la pureza de la moral evangélica: la razon nos dice que Dios ha hablado por medio de Jesucristo, y que siendo Dios la bondad y la sabiduría misma, no puede imponer á los hombres un yugo insoportable á su debilidad. Algun dia consagraremos nuestros discursos á vindicar la religion, tanto en su moral como en sus misterios: por ahora nos ceñiremos á increpar la conducta de aquellos semicristianos que dividen la religion, admitiendo ó suprimiendo lo que les agrada, como si á Jesucristo resucitado se le debiera creer en un artículo y no en otro. Señores, admitir algunos puntos de la revelacion y desechar otros, es hacer una mezcla ridícula de cristianismo y de incredulidad, y es ser y no ser cristiano á un mismo tiempo. ¿Es por ventura obra nuestra el Evangelio para que nos sea lícito mutilarle con arreglo á nuestro antojo y caprichos? ¿ó es acaso la religion obra de dos autores distintos, uno de los cuales deba ser acatado como el órgano divino de la verdad, y desechado el otro como apóstol de la mentira?

Repito que no sucede en la religion lo que en las obras de los hombres, que léjos de ser perfectas en su origen, se mejoran diariamente

con nuevos descubrimientos hijos del tiempo y de la experiencia; de tal modo que la historia de los conocimientos humanos no suele presentar mas que una serie de sistemas opuestos unos á otros. Por el contrario, la doctrina cristiana recibió desde el principio toda la perfeccion que Dios quiso darle en la tierra. En la creacion dijo Dios, y todo se hizo; y el universo subsiste, sin que esté al alcance del hombre criar ó aniquilar un solo átomo de materia. Así en la revelacion cristiana habló, y su palabra debe permanecer hasta el fin, sin que los hombres tengan el privilegio de suprimir ni añadir un ápice por si mismos. Aquí no hay medio, y es preciso admitirlo todo ó desecharlo todo, pues cuando todo está igualmente enseñado por Dios, todo debe venerarse igualmente. Si creéis en Dios sin creer en la Providencia, ó creéis en la Providencia generalmente, pero no que se ocupe en particular de las acciones de los hombres: si creéis en esta Providencia especial sin creer que hay otra vida; ó creéis que hay otra vida, pero no que en ella será el vicioso castigado: si creéis estas verdades primeras y fundamentales sin creer las que han sido reveladas por Jesucristo, ó reconoceis la excelencia de su moral, pero no os creéis obligados á practicar-

la; en una palabra, si por un extravío voluntario no comprende vuestra fe todos los puntos revelados, y os formais un simbolo á vuestro antójo, ya no sois cristianos. La religion íntegra, tanto en sus dogmas como en sus preceptos, estriba en la inmutable verdad de Dios, manifestada por Jesucristo; y ahora os pregunto ¿qué pruebas teneis para desecharla totalmente, ó que privilegio para solo admitirla en parte?

En fin la última consecuencia, que es fundamental en el cristianismo, es que Jesucristo no tan solo es un justo, un amigo de Dios y un enviado del cielo, sino que verdaderamente es Dios revestido de nuestra humanidad. Con efecto, señores, si no fuera realmente Dios, tampoco sería el enviado de Dios, y si no fuera digno de nuestra adoracion como Dios, merecería nuestra execracion como el mayor de todos los impostores. No os parezca esto una exageracion oratoria, es una asercion rigorosamente cierta, y de la que os convencereis muy pronto. Si Jesus era el enviado de Dios para instruir á los hombres, no debemos dudar de que decia la verdad; que estaba lleno de celo por los intereses y la gloria del Dios verdadero, y porque se le tributasen los honores debidos á él solo; y por consiguiente que aborrecia la idolatría: luego si

no era Dios, debía abstenerse escrupulosamente de cuanto tuviera tendencia á hacerle pasar por tal; y sus palabras y sus acciones debian alejar toda sospecha de quererle atribuir las perfecciones divinas, y de hacerse tributar los honores debidos á Dios. ¿Y qué mas horrible impiedad que hablar y obrar de manera que hiciese creer que era Dios el que solo era un enviado suyo? Considerad con que celo Moises y los Profetas decian francamente á todos, que no eran mas que instrumentos de que se servia la Divinidad; y con qué delicadeza evitaban cualquiera expresion por la que se pudiera dar á entender que eran deidades venidas del cielo á la tierra en forma visible. Considerad como los apóstoles Pablo y Bernabé rasgan sus vestidos cuando son tenidos por dioses (1), y exclaman: „Adorad al Señor, nosotros no somos mas que sus ministros.“ Pero Jesucristo hace todo lo contrario, y el grande objeto de sus discípulos es persuadirnos que es el verdadero Dios: Jesus dice á cada paso que es igual á su Padre, que ha salido del seno de Dios, que era ántes que Abrahan, y ántes que todas las cosas; que el Padre y él no son mas que una

(1) Act. XIV. 10 et seq.

misma cosa; que lo que el Padre hace lo hace tambien el Hijo; que la vida eterna consiste en conocer al Hijo como al Padre; consiente ademas en que se le tributen honores divinos, y aplaude á sus discípulos cuando le llaman *mi Señor y mi Dios* (1). Fuera de algunas palabras ménos claras, y que ofrecen alguna dificultad, su lenguaje mas usual se dirige á que se le atribuya lo que solo á Dios conviene, y no alcanzaria á disculpar á Jesus del crimen de usurpacion sacrílega, decir que sus expresiones eran ambiguas, vagas, y que no daban á entender claramente su divinidad; porque no solamente debe un hombre abstenerse de decir terminantemente que es Dios, sino que el no evitar todo aquello que pudiera darlo á entender, el usar de palabras equívocas, y no rechazar con santo horror cuanto fuese capaz de inducir en error á sus semejantes, seria ultrajar á aquel que en nuestros libros sagrados se llama el *Dios celoso* (2), y quedaria convencido de no ser mas que un impío execrable.

Hay mas todavía: Jesucristo manda á sus discípulos que le amen sobre todas las cosas, que todo cuanto hagan se refiera á su amor y á su gloria, que pongan en él el centro de sus espe-

(1) Joan XX. 48.

(2) Deut. IV. 24. &c.

ranzas y afectos, y este es el primer precepto de su ley. Exige las pruebas mas generosas y heróicas de este amor; porque quiere que se le ame mas que al prójimo, mas que á los amigos y parientes, mas que la vida, y hasta derramar por él toda la sangre; declarando que no es digno de él quien no le tribute estos homenages. A mí, señores, me parece muy natural que muriendo Jesus por glorificar á Dios, nos excite á imitarle; pero no puedo alcanzar como no siendo Dios en la realidad, mande que se le den aquellas pruebas de amor y de culto que tan solamente se deben al Señor Supremo de la vida. „Cualquier hombre, dice Massillon (1), „que se proponga él mismo á los hombres como „objeto de su amor, es un impío; es un impostor que viene a usurpar el mas esencial de los „derechos del Ser Supremo; un monstruo de „orgullo y extravagancia que pretende erigirse „altares hasta en los corazones, único santuario que jamas ha cedido la Divinidad á los ídolos „los profanos.”

Jesus se anuncia ademas como enviado á formar adoradores del Padre Celestial en espíritu y verdad, á destruir el culto de los ídolos y hacer adorar solamente al verdadero Dios; pero

(1) Sermón del dia de la Circuncision, segunda parte.

si él no es Dios, ha engañado al mundo, no es mas que un falso Profeta, ni su religion mas que una nueva idolatría; pues el principal cuidado de sus discípulos ha sido presentarle como un Dios á los homenages de todas las naciones, y hacerle tributar en toda la tierra el amor y respeto debido á solo Dios; de manera que aun en los tiempos mas puros de su religion no hubiera esta sido mas que una supersticion tan real y evidente como la que habia reinado hasta entonces entre todos los pueblos. Ciertamente, lo diremos sin temor de faltar á lo que es debido á Jesucristo; ántes bien movidos del profundo respeto que profesamos á la santidad de su vida, á la verdad de sus discursos y á la divinidad de su mision: si no fuera Dios, seria el mas despreciable, el mas odioso y el mas impío de todos los impostores del mundo; y si os horroriza el decirlo y aun el pensarlo, ¿qué os queda que hacer sino postraros ante su presencia entre la inmensa multitud de sus fieles adoradores?

Ya es tiempo, señores, de concluir este discurso. Hace diez y ocho siglos que la Iglesia cristiana está creyendo la resurreccion de Jesucristo, y presentando este gran prodigio del Omnipotente como prueba fundamental de la religion que profesa. La fiesta anual, tan anti-

gua como el cristianismo, que continúa celebrando, es uno de los monumentos auténticos de este milagro y de su fe. El hecho de la resurreccion de Jesucristo se prueba como se prueban los hechos entre todos los hombres y en todos los tribunales de la tierra, por testimonios: siendo tales los que le establecen, que parecen mas fidedignos quanto mas se los examina. He expuesto las pruebas de la resurreccion de Jesucristo y las consecuencias que se deducen de ella: si estas pruebas son incontrastables, y justas mis consecuencias, no vacilemos, hagamos callar las preocupaciones, y venzamos ese falso rubor que retiene acaso cautiva la verdad en nuestra alma: reconocida ya esta, prestémosle homenaje: en medio de un mundo impío es donde hay alguna valentía en no serlo. Glorificado sea Jesucristo, dóblese ante él la rodilla en toda la tierra: esté siempre su nombre en nuestros labios, y su ley en nuestro corazon: testifiquen nuestros rendidos cultos nuestra creencia; y reciban ahora estos altares la solemne obligacion que contraemos de profesar perpetuamente esta religion santa, cuyo indestructible fundamento serán para siempre los milagros, y principalmente el de la resurreccion gloriosa de su autor.